luz de los versos de Gabriela, vemos que lo importante ahí no es la abeja sino el gesto. Y ése de succionar el mundo es el mundo más auténtico de riqueza espiritual laica, religándose el hombre a los reinos terrestres, por absorción de la naturaleza entera. No anda la Mistral viendo a Dios en las criaturas, como le sucedería al santo; en su lectura continuada de las cosas, procede según el orden de la tierra, y de este modo seguirá contemplando, a través de este libro, el alma como una hoja, al Cristo como gota de miel, las mujeres como flores; el corazón es una pradera; el pasado, corteza seca; la debilidad, una caña; y en los cabellos hay un dorado de césped; en las aguas, canciones; en las caricias, una leche invisible. Hasta para hablar de la vida interior, en los religiosos, comparará con la tierra misma, por sus "zonas dichosas y mantos de seca lava" (43).

Otros asuntos muy propios de la actitud poética de Gabriela Mistral, se encuentran en estos *Motivos*. Baste citar su sentido del nombre, la esencial ternura, sus ideas del canto, del ritmo, el tema de la copa, la memoria divina y muchos más. Y no hablemos de su peculiar sintaxis, con su chilenísimo "no más".

Sería impresionante mostrar cómo Gabriela —del mismo modo que cualquier poeta moderno— transfigura viejos tópicos literarios; por caso, el canto que detiene o cambia un ambiente: "Esa voz de San Francisco hacía volverse el paisaje sobre él, como un semblante; apresuraba de amor la savia en los árboles y hacía aflojarse de dulzura su abullonado a la rosa" (59).

Mucho más habría que anotar en estos *Motivos*. Algún día, cuando se conozca toda la prosa dispersa de Gabriela, tendremos sorpresas inauditas, para que lleguemos a admirar en ella al poeta más universal de nuestro mundo sudamericano, con una gravitación de espíritu, capaz de engendrar un nuevo entendimiento de las cosas.

ALFREDO LEFEBVRE

https://doi.org/10.29393/At411-11NTAL10011

La nueva tierra. Teilhard de Chardin y el cristianismo en el mundo moderno, de Ignace Lepp. Ediciones Carlos Lohlé, Buenos Aires

Este escritor francés es un cristiano convertido. Antes fue comunista. Su experiencia vital ha venido a ser de este modo más completa. De profesión, psicólogo. Conoce bien las miserias humanas. El sabe lo que hay en el hombre y lo que Dios quiere del hombre.

Varios libros suyos van apareciendo en español, en las ediciones Lohlé. Los espacios iluminados de sus páginas enseñan a poseer la vida. En ellas domina el sentido de lo absoluto, una conciencia decisiva de lo auténtico y visión cósmica de la fe. Su mayor gloria literaria es su independencia de criterio y la libertad completa para juzgar ideas, personas y situaciones, discriminar errores y prejuicios. El no usa el catolicismo como arma de seguri-

dad ni como pasaporte ideológico, en virtud del cual se obtiene una garantía intelectual para entender el mundo. Su condición de cristiano católico es un acto de creación incesante en la existencia temporal, con espíritu de riesgo y aventura. De lo contrario se confunde la fe cristiana con los intereses y los prejuicios de la gente burguesa.

Este nuevo título de Ignace Lepp nos muestra una existencia ejemplar. En *La Nueva Tierra* se propuso contarnos la vida y las ideas de un hombre que en su especialidad científica alcanzó categoría superior: el paleontólogo Pierre Teilhard de Chardin. Sucede que lo conoció. Fue discípulo y amigo suyo. Además, posee textos no publicados, que en sus días circularon en copias mimeografiadas, porque como se sabe, tuvo dificultades como miembro de la Compañía de Jesús. Algunas de sus obras han aparecido mucho después de su muerte. Los superiores que tuvo no le permitieron publicar en vida.

La obra de Jacques Madaule que comentamos anteriormente, *Initiations a Teilhard de Chardin,* era muy velada ante esos problemas. Lepp no se traumatiza a la vista de las sotanas. Así nos advertirá: "¡No puede olvidarse sin más lo que le sucedió a un cierto Galileo!" Una de las causas de mala voluntad que le tuvieron sus hermanos en la fe fue la adhesión del paleontólogo al evolucionismo. Este libro trae nítidas aclaraciones para obviar dificultades inexistentes entre las hipótesis evolucionistas y las doctrinas de la fe. Muestra más bien cómo esas concepciones engrandecen la obra divina. Se aprecian con exactitud los planteamientos equivocados de la ignorancia piadosa. En cambio, Teilhard pensaba así: "Tenemos que evitar cuidadosamente perder de vista el más pequeño rayo de luz, alúmbrenos desde donde nos alumbre. La fe necesita toda la verdad, también la verdad de las ciencias naturales".

El toque fascinante de este libro de Lepp es la comprensión como aliento de vida de la obra del sabio, y es desde esta palpitación que escribe, y declara que todos tienen derecho a leer a Teilhard de manera personal y a interpretarlo según sus propias necesidades. Nada de exposición erudita o pedagógica, sino estallidos críticos que hacen entender el aporte profético del genio para crear la tierra nueva, que en esta época, en este fin de siglo, se aspira como conciencia universal, a través de todas las ideas que gesticulan en la historia presente. Para medir la importancia de sus estimaciones, veamos qué nos cuenta, cómo en su primer entusiasmo, al descubrir al autor, predijo que el año 2000 lo declararían doctor de la Iglesia, y lo sitúa, en su importancia, semejante a Agustín para la Antigüedad, y a Tomás de Aquino para la Edad Media. El paralelo que expone del gran francés con Orígenes es apasionante. Y el influjo actual, toda una esperanza, en estas ansias de distinguir para unir más profundamente el trascendente del destino humano y la tarea en este mundo.

Un punto alcanza extensa visión en el libro: es la doble situación de "hijo del cielo" "hijo de la tierra" que vivió el sabio y representa el acuerdo futuro de integración más universal. Se trata del amor al mundo, tan

despreciado por la prédica eclesiástica, sin la luz mística con que Teilhard hizo brillar el sentido de la tierra, en el nombre del Cristo.

La nueva tierra, alcanza más y más un cariz de diario personal, con las experiencias marxistas y cristianas del autor, y su creciente encuentro con Teilhard, cuyo pensamiento viene a ser, al fin, un fundamento cristiano del futuro. Leer a este genio y leer este libro ardiente y lúcido sobre el genio es palpar más y más la definitiva alegría.

A. L.

César Vallejo. Itinerario del hombre. (1892-1923), de JUAN ESPEJO ASTURRIZAGA. Librería-Editorial Juan Mejía Baca, Lima, Perú, 1965 (265 pp.).

Juan Espejo Asturrizaga fue uno de los seres privilegiados que gozaron de la amistad de Vallejo y se aproximaron a su vasta intimidad. Cuando un amigo vierte su conocimiento directo en un estudio, el peligro es la prepotencia crítica, el confundir trato tangencial entre existencias con impregnación absoluta. Pero Espejo no pretende entregarnos un certificado definitivo de lo que fue el poeta: sólo dice la última palabra allí donde la humildad lo permite, es decir, en la precisión de información concreta útil y, muchas veces, imprescindible.

El otro peligro es la confusión entre "vida vista por otros" y "poesía". Pero desde la primera página, el biógrafo declara que su obra poética será estudiada por él en otro volumen distinto, aparte.

Puesto el trabajo en la órbita que le es lícita, nos podemos entregar a su lectura con el mismo interés con que se conversa con alguien acerca de un amigo común, sobre todo si el fundamento de la charla es el cariño y la admiración compartidos.

Quizás el mayor aporte del libro sea la rectificación de "muchas versiones equívocas sobre su personalidad (la de Vallejo) y sobre la conducta que siguió en su vida". La tendencia a dramatizar la existencia de los poetas aliada a una moral de redil dispuesta a descubrir ovejas extraviadas en los barrancos, ha sido la clave del Vallejo irresponsable, ebrio, adicto a las drogas, de anulada voluntad que se ha barajado en el naipe de ocasionales biógrafos. Exito en la vida, tal como se entiende, naturalmente no lo obtuvo. No pretende Espejo Asturrizaga que no lo haya deseado, pero en todo caso él no estaba dispuesto a entender la polaridad éxito-fracaso al modo de los demás. El éxito para él hubiera sido fácil, pero no habría sido capaz de soportar los verdaderos sacrificios que convierten al hombre de clase media en un ente de solvencia económica, menos si la víctima propiciatoria del arribismo es el espíritu. Tuvo abierto todos los caminos hacia la comodidad burguesa, pero no estuvo jamás dispuesto a pagar el derecho de peaje, aparentemente tan mínimo.

El autor de este *Itinerario* se declara absolutamente autorizado para cada una de sus afirmaciones que se refieren a la etapa peruana de Vallejo (1892-1923), pero declara disponer de excelentes fuentes, ciento por ciento